

dujo la alarma consiguiente entre los vecinos de las calles de Vergara, Balmes y Pelayo y las personas que por ellas transitaban.

Hé aquí lo sucedido, según resulta de los datos que en los primeros momentos hemos podido recoger en el lugar del suceso.

En el piso cuarto de la derecha de la casa número 1 de la calle de Vergara habitaba desde hace algún tiempo don Pedro Hernandez Tarta, viudo, de 62 años de edad, natural de Teruel. Dicho señor admitía huéspedes y gozaba de generales simpatías por su buen trato y proverbial honradez.

Actualmente había en la casa tres pupilos, uno de los cuales, llamado Francisco Javier Moreno, de 66 años de edad, soltero y natural de Navarra, solo estaba hospedado en ella desde hace quince días.

El Francisco Javier Moreno, completamente desconocido tanto para el Hernandez como para los otros pupilos, se presentó en la casa diciendo ser amigo de personas que anteriormente habían estado allí hospedadas.

Pasados ocho días, y viendo Hernandez que Moreno no le pagaba el precio convenido, lo despidió, dándole otros ocho días de plazo para que buscara alojamiento.

Durante este tiempo el Moreno hizo la misma vida que en los anteriores, dedicando algunas horas cada día a la redacción de un trabajo titulado «La moralidad mercantil», que estaba escribiendo, y cuya ocupación era la única que se le conocía. Faltó a alguna de las comidas, y ayer dijo que no saldría de la habitación, no haciéndolo en efecto hasta que Hernandez, llegada la noche y viendo que no había comido nada en todo el día, invitó al Moreno para que saliera a cenar, como lo verificó, demostrando en la mesa tener excelente humor.

Hoy, después del almuerzo, Hernandez, al salir su huésped del comedor le detuvo en un pequeño corredor que conduce a dicha pieza y le advirtió que cumpliendo hoy el plazo de los ocho días que le había concedido, podía abstenerse de volver a la casa si no le satisfacía el pupilaje.

Se ignora lo que después de esta advertencia medió entre los dos hombres pero a los pocos momentos Moreno sacó un revólver Bulldog, de cinco tiros, y los disparó todos a boca de jarro sobre Hernandez, que cayó bañado en sangre.

De los cinco disparos, tres hicieron blanco, causando a la víctima tres heridas en el pecho, una entre la quinta y sexta costilla del lado izquierdo, otra entre la sexta y séptima del lado derecho y otra en la región hepática, causándole la muerte instantánea.

Al ruido de las detonaciones acudieron muchas personas al teatro del suceso, y de los primeros los guardias municipales José Ferré, Pascual Domingo, José Zarzoso y Baltasar Arias, procediendo a la detención del agresor, que estaba tranquilamente en su habitación, y que confesó desde luego ser el autor de hecho.

También acudió en los primeros momentos el Dr. Macaya, que después de reconocer al herido, manifestó que era ya cadáver.